

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS MUJERES
MÉXICO

Pobreza, género y uso del tiempo

En el año 2000, representantes de 189 naciones participaron en la Cumbre del Milenio, en donde se alcanzó un consenso sobre los desafíos que el mundo enfrenta, y entre ellos destaca el combate a la pobreza. En esa Cumbre se establecieron objetivos concretos que ahora se conocen como los “Objetivos de Desarrollo del Milenio” (ODM), los cuales proporcionan un marco para que todos los países firmantes y el Sistema de la Organización de las Naciones Unidas trabajen conjuntamente hacia los mismos fines. El primero de estos objetivos, por considerarse el principal, es “erradicar la pobreza extrema y el hambre”.

Por su parte, el objetivo tres plantea la promoción de la igualdad entre mujeres y hombres, así como la autonomía de las mujeres. La inclusión de este tema dentro de los Objetivos del Milenio no es casual ni se le puede ver de manera aislada. Por el contrario, se reconoce que la igualdad de género juega un papel fundamental para alcanzar el primero y más importante de los objetivos: la erradicación de la pobreza. En este sentido, se ha mostrado, por ejemplo, que la equidad en el acceso a la educación para hombres y mujeres incrementa, entre estas últimas, la probabilidad de que se incorporen al mercado laboral y generen ingresos propios, lo cual favorece, finalmente, el bienestar de sus familias.

El hambre es la manifestación más extrema de la pobreza, sin embargo, hay otras situaciones previas al hambre, características de la pobreza. En general, ésta se refiere a la insatisfacción de las necesidades básicas. Las estimaciones sobre esa insatisfacción se realizan tomando como unidad de análisis el hogar, y por ello es difícil conocer la intensidad de la pobreza entre individuos distinguidos por sexo y/o edad.

No obstante lo anterior, existen varios estudios dedicados a argumentar que la pobreza afecta con más severidad a las mujeres que a los varones y que, como resultado, ellas están sobrerrepresentadas entre los pobres (UNFPA, 2002). Hasta ahora, la evidencia en ese sentido no ha sido concluyente y ello obedece, en buena medida, a las dificultades teóricas y metodológicas que implica una integración del enfoque de género en la medición de la pobreza.

En este documento, comulgamos con la idea de que tanto hombres como mujeres sufren los costos de la pobreza, sin embargo, planteamos como hipótesis que las mujeres cargan el peso de la pobreza de una forma diferente a los hombres, al destinar más horas al trabajo tanto extradoméstico como doméstico. Para probar nuestra hipótesis realizaremos un análisis de la *carga global de trabajo* medida en tiempo, esto es, veremos cuántas horas dedican hombres y mujeres al trabajo doméstico y extradoméstico, de acuerdo con una clasificación socioeconómica. Esta última se basa en el ingreso corriente total *per cápita* de los hogares. Éstos serán divididos en cinco partes iguales, de acuerdo con su ingreso *per cápita*. La primera quinta parte de los hogares será la de más bajo ingreso y la última la de mayor ingreso. A esta clasificación nos referimos cuando hablamos de quintiles de ingreso.

Queremos enfatizar que en este trabajo no se propone una medición de la pobreza, ni del número de mujeres pobres *versus* el número de hombres pobres. Nuestro propósito es indagar si la carga global de trabajo se incrementa entre los más pobres y si, entre los más pobres, las mujeres llevan a costas la mayor parte de esa carga.

El análisis se realizará por sexo para conocer las diferencias entre la carga global de trabajo de mujeres respecto de los hombres según quintil de ingreso, diferencias que son resultado de los roles de género tanto de mujeres como de varones. Con-

sideraremos también el ciclo de vida, y para ello distinguimos a la población en cinco grupos de edad: (12-19, 20-34, 35-49, 50-64 y 65 años y más), los cuales corresponden a distintas etapas en las que se dan procesos particulares como la formación y conclusión de estudios, el ingreso al mercado laboral, la formación de la familia, la consolidación profesional y el retiro laboral. Creemos pertinente hacer este análisis por edad ya que la pobreza impacta de manera diferente a un joven que a un adulto mayor. En el primer caso, la situación de pobreza estaría comprometiendo el futuro del individuo y, por tanto, la propuesta de política pública que intentara romper con esa situación sería distinta a aquella que buscara combatir la pobreza entre adultos mayores. En ambos casos, no obstante, la cuestión de género estaría implicada.

Adicionalmente, el análisis distingue los ámbitos rural o urbano, ya que el perfil de carencias difiere notablemente de un ámbito al otro. El primero corresponde a las localidades de menos de 2,500 habitantes y el segundo a aquellas de 2,500 o más habitantes.

Como fuente de información utilizaremos la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2002, así como la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2002, la cual fue levantada como un módulo de la ENIGH 2002 por el INEGI a solicitud del INMUJERES.¹

Antes de entrar al tema central revisaremos algunas definiciones de pobreza y los diferentes métodos para medirla, destacando algunas de las limitaciones de cada uno de los métodos. Asimismo, presentaremos un panorama general de la pobreza en México e introduciremos la discusión que se ha generado sobre la “feminización de la pobreza”, los argumentos que la sustentan y los que sirven para refutarla. Finalmente, se incluirá el análisis de uso del tiempo de la población masculina y femenina, clasificada por grupo de edad y por nivel de ingreso, en tanto aproximación a la situación de pobreza o no pobreza de la población.

La pobreza según distintas mediciones

El tema de la pobreza es uno de los grandes problemas que aquejan al mundo y sobre el cual se han elaborado cientos de estudios. Hasta ahora no se ha llegado a un consenso en la forma de definirla y, por tanto, de medirla de la manera más fiel. A continuación se presentan dos definiciones de pobreza:

- Situación de aquellos hogares que no logran reunir, en forma relativamente estable, los recursos necesarios para satisfacer las necesidades básicas de sus miembros (CEPAL / DGEC, 1988, citado en Feres *et al.*, 2001).

- Situación en la que se asocia el infraconsumo, la desnutrición, condiciones de vivienda precarias, bajos niveles educativos, malas condiciones sanitarias, inserción inestable en el aparato productivo o dentro de los estratos más bajos del mismo, actitudes de desaliento y anomia, y poca participación en los mecanismos de integración social (Altimir, 1979, citado en Feres *et al.*, 2001).

De acuerdo con la definición que se tenga sobre la pobreza, existen diversos mecanismos para determinar cuáles hogares viven en situación de pobreza. Destacan los métodos directos, indirectos y la mezcla de éstos. Los primeros evalúan directamente si los hogares han logrado satisfacer sus necesidades básicas, a partir de encuestas que recogen información sobre los bienes y servicios de que disponen los hogares. Los métodos indirectos, por su parte, consisten en medir los recursos del hogar, usualmente sus ingresos o sus gastos, y estimar si éstos son suficientes para que el hogar pueda gozar de un nivel de vida aceptable, de acuerdo con los estándares sociales prevalecientes (Feres *et al.*, 1999).

El método directo relaciona el bienestar con el consumo efectivamente realizado, mientras que el indirecto (o potencial) lo relaciona con la posibilidad de realizar ese consumo. Ambos llevan implícito un sesgo que puede ejemplificarse a partir de un hogar con muy bajos ingresos, pero cuyos miembros tienen acceso a los servicios de salud, un alto nivel educativo, una vivienda con materiales de calidad y duraderos y con disponibilidad de servicios públicos. Con el primer método sería considerado “no pobre”, mientras que con el segundo ese mismo hogar sería clasificado como “pobre” debido a los bajos ingresos.

Lo común para todos los métodos de medición de la pobreza es que el hogar es la unidad de análisis y que al utilizar la variable de ingreso, generalmente se hace como ingreso *per cápita*.

Actualmente, el método más usado en México para la medición e identificación de la pobreza es el de línea de pobreza (LP); se trata de un método indirecto ya que identifica si el hogar puede o no satisfacer las necesidades básicas en función de su ingreso y no detecta si, en efecto, el hogar satisface dichas necesidades. Con este método se compara el ingreso corriente de los hogares contra una línea de pobreza, ambos expresados *per cápita*. Los pobres serán las personas que viven en hogares cuyo ingreso *per cápita* es menor que la línea de pobreza. (Damián *et al.*, 2003).

Este método ha sido criticado por considerar sólo el ingreso corriente (o consumo privado de los hogares) como fuente de satisfacción de las necesidades básicas,

¹ El análisis sobre los resultados de esta encuesta pueden consultarse en Pedrero, 2005.

y dejar fuera de la medición otros recursos de bienestar, como el patrimonio acumulado (vivienda, por ejemplo), el acceso a servicios gratuitos de educación y salud y otros, el tiempo libre y el disponible para trabajo doméstico, y los conocimientos y habilidades.

En México, el Comité Técnico para la medición de la pobreza de la Secretaría de Desarrollo Social,² en un afán de integrar otros recursos de los hogares como inhibidores de la pobreza, establece tres líneas de pobreza: la alimentaria, la de capacidades y la de patrimonio, de las cuales resultan tres caracterizaciones de pobreza:

- **Umbral de Pobreza Alimentaria:** incluye los hogares cuyo ingreso es insuficiente para cubrir las necesidades de alimentación de sus miembros, establecidas con base en el costo de la canasta normativa alimentaria.
- **Umbral de Desarrollo de Capacidades:** incluye los hogares en pobreza alimentaria más aquellos cuyos miembros tienen acceso limitado a servicios de educación y salud.
- **Umbral de Desarrollo de Patrimonio:** incluye los hogares en pobreza de capacidades más aquellos cuyo ingreso tampoco alcanza a cubrir el consumo básico en vestido, calzado, vivienda y transporte público.

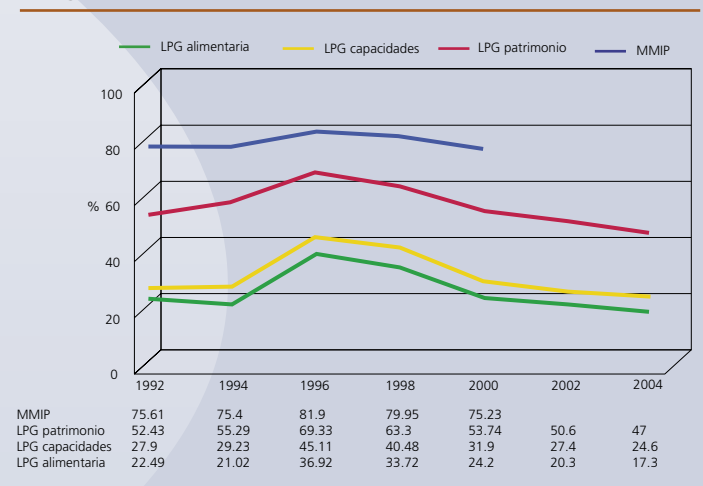
Otro método de medición de la pobreza es el de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI); es el más conocido y utilizado en América Latina, a partir de que la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) lo introdujo a comienzos de la década de los ochenta. Se trata de un método directo con el cual se eligen indicadores censales que permiten constatar si los hogares satisfacen o no algunas de sus necesidades principales. Dada la restricción del método a la información contenida en los censos, el tipo de necesidades que puede estudiar es limitado. Usualmente, la insatisfacción de necesidades se evalúa con base en algunas características de la vivienda -tales como tipo de materiales, acceso a agua potable, a sistema de eliminación de excretas o número de cuartos- y a ciertos rasgos demográficos del hogar -número de miembros, asistencia escolar de los menores, o edad, nivel educativo y condición de ocupación del jefe-. Por tanto, el concepto de pobreza en el método NBI se limita, en la práctica, a algunas necesidades específicas y deja de lado otros elementos relevantes del bienestar (Feres *et al.*, 2001).

El tercer método de medición que mencionaremos, y el más complejo, es el Método de Medición Integrada de

la Pobreza (MMIP). Este método no sólo mide los ingresos y las necesidades básicas insatisfechas, sino también el tiempo disponible para trabajo doméstico, educación y recreación. Al ser un método “integral”, identifica las carencias asociadas a seis fuentes del bienestar: 1) el ingreso corriente (monetario y no monetario), 2) los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales de carácter gratuito (o subsidiados), 3) la propiedad o derechos de uso y de activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio), 4) los niveles educativos, las habilidades y destrezas, 5) el tiempo disponible para la educación, recreación, descanso y tareas domésticas, y 6) la propiedad de activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar (Damián *et al.*, 2003).

Como ya se mencionó, la estimación de la pobreza de una población varía según el método y los supuestos que se utilicen para la medición. Esto se evidencia en la gráfica 1, donde se muestra la evolución de la pobreza en México de acuerdo con el método de las Líneas de Pobreza Gubernamentales (alimentaria, de capacidades y patrimonio) y el Método de Medición Integral de la Pobreza (MMIP). El resultado de esta última medición, al integrar múltiples carencias respecto de las fuentes de bienestar, es considerablemente mayor que el resultado obtenido a través de la medición con las líneas de pobreza.

Gráfica 1. Porcentaje de pobres según el Método de Medición Integral de la Pobreza y las Líneas de Pobreza Gubernamentales, 1992-2004



Fuente: Damián, Araceli & Julio Boltvinik (2003). "Evolución y características de la pobreza en México" Cuadro 1. INMUJERES con base en SEDESOL (2005) "Medición de la Pobreza 2002-2004" y Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 1992, 1994, 1996 y 1998, tabulados básicos.

² Desde el inicio de la presente administración, la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) se planteó el objetivo de contar con medidas de pobreza oficiales que pudieran servir como punto de referencia para orientar la planeación de la política social, el diseño de sus programas y la evaluación de su efectividad. La Sedesol convocó en el 2001 a un grupo de siete reconocidos expertos nacionales independientes a conformar el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza en México (CTMP). Éste propuso una metodología de medición de la pobreza y la utilización de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), elaborada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), como fuente primaria de información.

¿Feminización de la pobreza?

En la década de los setenta, se empezó a identificar el aumento de los hogares con jefatura femenina, sobre todo en los estratos pobres. Esto llevó a que este tipo de hogares fueran asociados con un mayor nivel de pobreza que se explicaba porque las jefas estarían enfrentando solas tanto la responsabilidad doméstica como la extradoméstica, con desventajas importantes en el ámbito del mercado laboral (mayor desempleo femenino o subempleo en términos de horas trabajadas, y trabajos de la escala salarial más baja), lo cual resultaba en una menor capacidad para generar ingresos respecto de los varones jefes de hogar (CEPAL, 1994; Buvinic y Gupta 1994, 1997; Damián, 2003). De hecho, llegó a sugerirse que en los países en vías de desarrollo que no contaban con la posibilidad de recopilar información sobre el ingreso de los hogares o de otras herramientas para identificar la pobreza, los hogares de jefatura femenina podrían constituir un indicador sustituto confiable sobre los hogares pobres y precarios (CEPAL, 1991).³

Sin embargo, también existen trabajos dedicados a la región de América Latina, en los que se cuestiona la existencia de una relación forzosa entre pobreza y jefatura femenina (véase Lloyd 1998; Arriagada, 2001). En México, diversas investigaciones realizadas en la década de los noventa y centradas en indicadores de ingreso y gasto, en características de la vivienda y servicios disponibles, llegan a la misma conclusión (véase Cortés y Ruvalcaba, 1994; Gómez de León y Parker, 2000).⁴

En 1999, datos de la propia CEPAL muestran que los hogares con jefatura femenina tenían el mismo porcentaje de población pobre que el total de la población (43.1%). Además, señalaban que la extrema pobreza o indigencia afectaba a un porcentaje menor de la población en hogares jefaturados por una mujer respecto al del total de la población (17.5 % y 18.4%, respectivamente). Con estos datos, Damián (2003) concluye que la pobreza afecta más a los hogares con jefatura masculina ya que el porcentaje de hogares pobres es más alto en el total de hogares que en los jefaturados por mujeres.

No obstante, esta misma autora reconoce variaciones en el tiempo en relación con el porcentaje de hogares pobres con jefatura femenina respecto del total de hogares en América Latina. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, en 13 de los 16 países con información ese porcentaje era más alto en los hogares con jefatura femenina. En cambio, a finales de la década de 1990 sólo 9 de 17 se encontraban en esa situación, lo que sugiere un proceso de “desfeminización de la pobre-

za” ya que ésta disminuyó más en los hogares de jefatura femenina que en los de masculina.

En la sección sobre pobreza y desigualdad desde la perspectiva de género, de la publicación *Panorama Social de América Latina 2002-2003*, la CEPAL insiste en diversos aspectos relacionados con la desigualdad entre hombres y mujeres en distintos ámbitos sociales y económicos, como el nivel de ingreso, el uso del tiempo y los derechos jurídicos, etc., y apunta que dicha desigualdad puede tener implicaciones en la pobreza. Sin embargo, no se presentan evidencias, lo cual obedece a las dificultades metodológicas que imponen los métodos de medición de la pobreza para integrar el enfoque de género (Damián, 2003). Entre ellas, destaca el hecho de que los datos sobre ingresos *per cápita*, utilizados en todos los tipos de medición de la pobreza, suponen una igualdad al interior de los hogares, es decir, se asume una repartición equitativa de los ingresos dentro del hogar.

En efecto, dadas las dificultades para observar la desigualdad interna en el hogar, aquellos dedicados a la medición de la pobreza se ven obligados a suponer un igualitarismo en el hogar y, por tanto, o todos son pobres o todos son no pobres. Esta limitación toca también al análisis de las diferencias en la pobreza por sexo del jefe de hogar ya que el hogar se considera una unidad. En este marco, de acuerdo con Damián (2003), no hay manera de probar que en los hogares con jefatura femenina se da una distribución más equitativa de los recursos, es decir, no se experimenta una desigualdad al interior.

Se ha planteado también que la pobreza es un fenómeno multidimensional y que, por tanto, para su medición debieran incorporarse indicadores como la falta de oportunidades, las capacidades individuales, el empoderamiento, la distribución del tiempo y la violencia de género, todos ellos fundamentales para comprender las inequidades de género. Destaca particularmente la violencia económica hacia la mujer, es decir, aquella en que se le niega el acceso o control de los recursos, se reduce o anula su capacidad en la toma de decisiones y se le impide ejercer el derecho a trabajar remuneradamente (Milosavijevic, s/f).

Sin embargo, autores como Damián consideran que la desigualdad de género no puede incorporarse como un elemento constitutivo de la pobreza ya que ésta afecta a las mujeres, sin importar la clase social a la que pertenezcan. Esto lo explica Damián (2003) como sigue:

³ Todo ello constituye el antecedente de “la comparación de la incidencia de pobreza de ingreso y pobreza de consumo entre hogares cuyas jefas son mujeres y cuyos jefes son hombres”, en tanto indicador de la pobreza sensible a cuestiones de género (UNFPA, 2002)

⁴ Algunos de estos estudios muestran que en los hogares jefaturados por mujeres, los ingresos no provenientes del trabajo y de la ayuda de personas que no viven en el hogar cobran especial relevancia.

“Vivir con miedo a ser golpeada o a contraer enfermedades de transmisión sexual es una privación, sin embargo, estas situaciones se refieren al sufrimiento humano y no todo sufrimiento humano es pobreza. Una mujer millonaria golpeada sufre una vejación, mas al ser golpeada no se convierte en pobre. Una adolescente rica que contrae SIDA no se convierte en pobre, a menos que la corran de su casa. Esta distinción no niega el sufrimiento de las mujeres, sino que lo separa en términos conceptuales. La salud en sí misma, tampoco puede ser un elemento constitutivo de la pobreza. Un millonario con cáncer es un millonario enfermo, no es un pobre. No obstante, dado que la salud es una necesidad básica, el acceso a los servicios de salud está considerado como satisfactor de una necesidad y, por tanto, la falta de éste sí puede colocar a un hogar (o individuo) en una situación de pobreza”.

Una de las formas con las que se ha intentado mostrar la feminización de la pobreza es a través de la relación de femineidad de la población pobre.⁵ Esta relación resulta de dividir el número de mujeres pobres entre el de hombres pobres y se expresa por cien. Sin embargo, al hacer esta operación, puede cometerse el mismo error que la CEPAL en su *Boletín Demográfico 2002*, esto es, no ajustar de acuerdo con el peso relativo que tienen las mujeres en cada país, generalmente mayor que el de los hombres (Damián, 2003).

Damián (2003) calcula la relación de femineidad para los países de América Latina y El Caribe haciendo el ajuste del peso relativo de las mujeres por país y la conclusión a la que llega es totalmente contraria a la que se alcanza mediante el ejercicio sin ajuste. Esta autora encuentra una ligera masculinización de la pobreza para toda la región de América Latina, aunque concluye que la pobreza afecta prácticamente a mujeres y a hombres por igual en las zonas urbanas (99 mujeres por cada 100 hombres); mientras que en las zonas rurales, podría decirse que la pobreza está femineizada ya que el índice asciende a 102 mujeres por cada 100 hombres, lo cual podría explicarse por la migración masculina hacia las ciudades u otros países.

En este ejercicio, Damián (2003) encontró diferencias por países. Para aquellos en donde se observa un índice elevado de feminización (114 y 111 para Costa Rica y República Dominicana, respectivamente), descarta la explicación de que ello se deba al alto porcentaje de hogares encabezados por mujeres, puesto que otros países tienen igual o mayor porcentaje de hogares con jefatura femenina y, sin embargo, no presentan feminización de la pobreza.

De acuerdo con las aproximaciones al impacto de la pobreza diferencial entre mujeres y hombres, medidas a partir de la jefatura femenina del hogar y de la relación de femineidad de la población pobre, Damián sugiere que América Latina vivió una desfeminización o masculinización de la pobreza en la década de 1990. Sin embargo, recomienda tomar estos resultados con cautela porque el comportamiento corresponde a una década que se caracterizó por una disminución general de la pobreza. Propone realizar el mismo ejercicio hacia 2005, para ver cómo resultan estos dos indicadores en un contexto de lento o nulo crecimiento económico en la región.

La pobreza y el uso del tiempo

La información de encuestas de hogares es la que alimenta los distintos métodos de medición de la pobreza. El ingreso se considera como el único recurso de los hogares y, por tanto, se deja de lado el tiempo destinado a la producción y reproducción social del hogar. Tampoco se considera como necesidad básica el tiempo requerido para el cuidado de niños, niñas, adultos y adultas mayores y personas enfermas, ni el que se destina a los quehaceres domésticos que demanda a diario el hogar, tales como cocinar, limpiar la vivienda, lavar la ropa, etc. (Damián, 2003; Milosajevic, s/f). Sin embargo, la disponibilidad o la falta de este tiempo puede ser determinante de la condición de pobreza de los hogares y, en específico, de la condición de las mujeres, puesto que la restricción de ese tiempo las afecta particularmente, dado su rol tradicional de encargada del trabajo doméstico y del cuidado de los hijos.

El único método de medición de la pobreza que hasta ahora incorpora elementos constitutivos de la pobreza que afectan las condiciones de vida de las mujeres, es decir, el tiempo de trabajo doméstico y extradoméstico, es la medición integrada de la pobreza (MMIP). El tiempo de trabajo doméstico se estima en función del tamaño del hogar, de la presencia de menores de hasta 10 años, del acceso a servicio de cuidado a menores de hasta 10 años, la disponibilidad en el hogar de equipamiento doméstico, como lavadora, refrigerador, licuadora, etc., y la necesidad de acarreo de agua. Con esta estimación, se calcula la “pobreza de tiempo”, la cual equivale al exceso de tiempo de trabajo (Damián, 2003; Damián *et al.*, 2003).

Una de las evidencias de la desigualdad en la calidad de vida entre hombres y mujeres es la asignación diferente de su tiempo, particularmente el destinado al trabajo doméstico (Pedrero, 2005). Las mujeres siguen cargando con la mayor parte de ese trabajo, aun en los casos que también trabajan en el ámbito extradoméstico. Lo anterior resulta en una mayor carga global de trabajo entre las mujeres, que equivale a la suma de las horas dedica-

⁵ El UNFPA (2002) denomina a este indicador “índice de pobreza de género”.

das al trabajo doméstico y al extradoméstico, desde la perspectiva del análisis de uso del tiempo. Este tipo de análisis se empezó a realizar en México desde la segunda mitad de la década de los noventa. Recientemente se levantó la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2002, como un módulo de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH).⁶ Gracias a que la primera se inserta en el marco de la ENIGH, es posible realizar un análisis sobre el uso del tiempo de hombres y mujeres de acuerdo con el nivel de ingreso de su hogar y, de ese modo, ver si la diferencia de ingreso *per cápita* de los hogares tiene implicaciones en la carga de trabajo global, particularmente entre las mujeres.

Quintiles de ingreso

En el cuadro 1 se presenta información sobre los ingresos mensuales de los hogares por quintil. La clasificación de quintiles se hace diferencialmente para el ámbito urbano y rural. En el primero de ellos se observa que la mediana⁷ del ingreso *per cápita* del quintil más bajo corresponde a 813.50 pesos mensuales, mientras que la mediana del quintil más alto alcanza los 6,550.40 pesos mensuales. En el ámbito rural, esos valores son notablemente menores: 339.30 y 2,944.80 para el quintil más bajo y el más alto, respectivamente.

Cuadro 1			
Estadísticas del ingreso corriente total* <i>per cápita</i> mensual de los hogares por quintil de ingreso y tamaño de localidad, 2002			
Tamaño de localidad y quintil de ingreso	Mediana**	Ingreso máximo***	Ingreso mínimo
Urbano			
1	813.5	1,086.5	49.5
2	1,348.6	1,634.6	1,086.5
3	1,976.7	2,422.3	1,635.0
4	3,039.3	4,120.3	2,422.9
5	6,550.4	55,971.9	4,121.2
Rural			
1	339.3	470.1	56.3
2	600.2	731.0	470.4
3	894.1	1,110.9	731.6
4	1,390.5	1,810.5	1,111.1
5	2,944.8	746,514.1	1,811.1

* El ingreso está expresado en pesos de agosto de 2002.

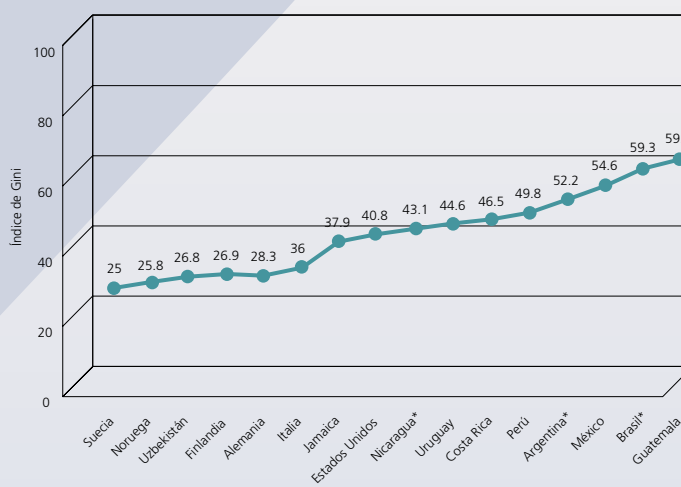
** La mediana es la observación que divide los datos ordenados en dos partes: la mitad de los datos son menores o iguales a la mediana y la otra mitad son mayores o iguales.

*** Los ingresos mínimos y máximos en el primero y último quintil deben ser considerados con reserva ya que se trata de estimadores de una cota inferior o superior. Debido a la naturaleza del dato de ingreso, este tipo de estimadores presentan una varianza elevada. Se incluyen únicamente para dar idea de las desigualdades.

Fuente: INMUJERES con base en INEGI, Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), 2002.

Tan sólo dentro del quintil más alto, tanto en el ámbito urbano como el rural, se evidencia la distribución del ingreso tan desigual que ha venido caracterizando a México. Esta desigualdad se constata en la gráfica 2, donde se muestra el índice de *Gini* para países seleccionados. El coeficiente de *Gini* es una medida de desigualdad tradicionalmente usada para medir las desigualdades entre los ingresos de una población y se expresa como un valor entre 0 y 1, donde 0 corresponde a una distribución uniforme perfecta del ingreso (donde todos tienen el mismo ingreso) y 1 corresponde a una desigualdad extrema (donde una persona tiene todo el ingreso y el resto no tiene ingresos). El índice de Gini es el coeficiente de Gini expresado en forma de porcentaje, es decir, el coeficiente de Gini multiplicado por 100.

Gráfica 2. Índice de Gini para algunos países seleccionados, 2000



* Índice correspondiente al 2001.

Fuente: Wikipedia the free encyclopedia, con base en United Nations Development Programme Report 2005.

México se encuentra entre los países con mayor desigualdad del ingreso, con un índice de 54.6 en el año 2000, mientras que este índice apenas toma el valor de 25 en Suecia, uno de los países con una distribución más igualitaria del ingreso.

Los quintiles de ingreso y el nivel de pobreza

Hemos esbozado la clasificación que hacemos de la población según ingreso *per cápita* del hogar en que vive. Esta clasificación será la que utilizemos para distinguir a la población femenina y masculina según su carga global de trabajo, en términos de su posición socioeconómica. La posición más baja la ocupan aquellas personas que integran el quintil uno y la posición más alta, aquellas que conforman el quintil cinco.

⁶ Esta encuesta tiene su antecedente en el módulo de uso del tiempo, incluido en la ENIGH 1996 (Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996).

⁷ Medida de tendencia central que consiste en la observación que divide los datos ordenados en dos partes: la mitad de los datos son menores a la mediana y la otra mitad son mayores.

Cuadro 2

Porcentaje de la población en las líneas de pobreza gubernamentales según quintil de ingreso de los hogares y tamaño de localidad, 2002

Quintiles de ingreso y tipo de localidad	Pobreza alimentaria	Pobreza de capacidades	Pobreza de patrimonio
Urbano			
I	43.0%	59.7%	100.0%
II	1.0%	1.8%	68.5%
III	0.2%	0.3%	4.6%
IV	0.3%	0.3%	1.0%
V	0.0%	0.1%	0.5%
Total	11.4%	15.9%	41.9%
Rural			
I	100.0%	100.0%	100.0%
II	32.3%	68.2%	100.0%
III	3.4%	6.6%	78.7%
IV	1.8%	2.8%	11.6%
V	0.5%	0.6%	2.0%
Total	34.6%	43.6%	67.2%
Nacional	20.2%	26.4%	51.5%

Fuente: INMUJERES con base en INEGI. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), 2002.

Nota: Las LPG fueron construidas a partir del ingreso corriente neto *per cápita* y los quintiles de ingreso a partir del ingreso corriente total *per cápita*.

A fin de que pueda establecerse una comparación de la población clasificada como pobre según la medición gubernamental de la pobreza con aquella clasificada según quintil de ingreso, en el cuadro 2 se presenta la distribución de la población según las líneas de pobreza gubernamentales para cada quintil de ingreso. Este ejercicio se hace por tipo de localidad.

Como puede observarse, en el ámbito urbano los dos primeros quintiles de ingreso engloban la mayoría de la pobreza: casi la mitad de las personas en hogares del primer quintil se encuentran en situación de pobreza extrema (pobreza alimentaria), mientras que las personas en hogares pertenecientes a los dos primeros quintiles caen, casi en su totalidad, en el umbral de pobreza de patrimonio.

En el ámbito rural, por su parte, son los tres primeros quintiles los que aglutinan la pobreza: todas las personas en hogares dentro del primer quintil y la tercera parte de las del segundo caen en la peor situación de pobreza, y prácticamente toda la población perteneciente a los tres primeros quintiles se encuentra en situación de pobreza patrimonial.

Análisis de uso del tiempo

Al indagar sobre las cargas de trabajo doméstico y extradoméstico para mujeres y hombres, se constata un des-

igual reparto de las responsabilidades domésticas, el cual se enmarca en inequidades de género. Las cargas de trabajo diferenciales impactan en la calidad de vida y las oportunidades de los individuos de acuerdo con su edad, estado conyugal, lugar que ocupan en el hogar y el estrato social al que pertenecen (Pedrero, 2005).

En el cuadro 3 se presentan las horas promedio semanales dedicadas a las actividades relativas al trabajo doméstico, al cuidado de otras personas, y a la escuela y al trabajo extradoméstico, por sexo, grupo de edad y tamaño de localidad. El primer tipo de actividades incluye la preparación de alimentos, la limpieza del hogar, el lavado y planchado de ropa, las reparaciones de la vivienda, la cría o recolección de flora y fauna, así como las actividades auxiliares de dichas tareas (hacer las compras y realizar trámites y pago de servicios). La ayuda a otras personas también forma parte del trabajo doméstico, no obstante, dada su importancia, presentamos el tiempo destinado a esta actividad en una categoría especial, la cual se compone, principalmente, del cuidado de niños y enfermos temporales.

Por su parte, las actividades relacionadas con la escuela incluyen la asistencia escolar, el traslado a la escuela y estudiar en la casa. Por último, el trabajo extradoméstico incluye, además de este tipo de trabajo propiamente, el traslado al mismo.

Como puede observarse en el cuadro 3, existen diferencias importantes entre los ámbitos rural y urbano: las mujeres rurales dedican 43 horas promedio semanales al trabajo doméstico, mientras que en el ámbito urbano dedican casi 10 horas menos. Este tiempo promedio se ve rebasado notablemente entre las mujeres de 35 a 64 años en el medio urbano, mientras que en el ámbito rural esto sucede desde los 20 años.

La ayuda a otras personas u hogares toma 7.8 y 6.3 horas promedio semanales a las mujeres, en el medio urbano y rural, respectivamente. Esta actividad cobra más intensidad entre los 20 y 34 años, ya que corresponde a la etapa de crianza de los hijos.

Los hombres, por su parte, dedican la mayor parte de su tiempo al trabajo extradoméstico, situación que se ve acentuada de los 20 a los 64 años, etapa conocida como la “económicamente activa”.

Las mujeres destinan mayor tiempo que los varones a las tareas domésticas, mientras que los hombres asignan mayor tiempo que las mujeres al trabajo extradoméstico. Los varones apenas dedican 7.5 y 10.1 horas semanales promedio al trabajo doméstico en el ámbito urbano y rural, respectivamente; en tanto que las mujeres destinan 17.3 y 10.5 horas semanales promedio al trabajo extradoméstico, en el ámbito urbano y rural, respectivamente.

Cuadro 3

Horas promedio semanales dedicadas al trabajo doméstico,* extradoméstico y a las actividades relacionadas con la escuela, por miembros del hogar de 12 años y más, por tipo de localidad, sexo y grupo de edad, 2002

Tipo de localidad, sexo y grupo de edad	Trabajo doméstico**	Ayuda a otras personas u hogares	Actividades relacionadas con la escuela***	Trabajo extradoméstico****	Total
URBANO					
Mujeres	34.0	7.8	7.5	17.3	66.6
12 a 19 años	15.2	3.6	30.0	8.2	57.0
20 a 34 años	33.2	12.6	3.9	22.3	72.0
35 a 49 años	44.7	7.8	0.4	23.4	76.4
50 a 64 años	42.1	4.6	1.5	14.0	62.1
65 años y más	34.8	4.0	0.1	4.3	43.1
Hombres	7.5	2.8	9.0	39.5	58.8
12 a 19 años	5.9	2.0	30.0	14.2	52.1
20 a 34 años	6.7	3.6	5.7	47.2	63.3
35 a 49 años	8.0	3.4	0.2	54.5	66.1
50 a 64 años	9.6	1.8	0.8	45.0	57.2
65 años y más	11.9	1.4	0.1	23.0	36.4
RURAL					
Mujeres	43.4	6.3	6.9	10.5	67.1
12 a 19 años	22.8	4.1	25.3	6.6	58.8
20 a 34 años	47.1	10.8	1.5	13.0	72.4
35 a 49 años	59.3	6.9	0.2	13.8	80.2
50 a 64 años	51.6	3.2	0.1	10.3	65.2
65 años y más	39.3	1.5	0.2	5.7	46.7
Hombres	10.1	2.4	7.3	38.1	57.9
12 a 19 años	8.2	1.8	24.7	18.4	53.1
20 a 34 años	9.8	3.3	2.4	46.0	61.4
35 a 49 años	10.3	3.0	0.0	48.5	61.8
50 a 64 años	11.4	1.5	0.0	46.7	59.6
65 años y más	13.1	1.6	0.0	34.4	49.0

* No incluye el tiempo de actividades simultáneas secundarias.

** Incluye las actividades auxiliares del trabajo doméstico (hacer las compras, realizar trámites y pago de servicios).

*** Incluye el tiempo de traslado a la escuela, el tiempo de asistencia escolar y el tiempo dedicado al estudio en el hogar.

**** Incluye el tiempo de traslado al trabajo.

Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI. Encuesta Nacional de Uso de Tiempo, 2002.

En lo que se refiere a las actividades escolares, los hombres les dedican más tiempo: 9.0 y 7.3 horas semanales promedio, en el medio urbano y rural, respectivamente, frente a 7.5 y 6.9 horas semanales promedio que las mujeres les dedican en el ámbito urbano y rural, respectivamente. Estas actividades son casi exclusivas de los jóvenes, es decir, de los 12 a los 19 años. No obstante, en el medio urbano, los varones dedican 5.7 horas semanales promedio a los estudios, entre los 20 y 34 años, frente a 3.9 horas entre las mujeres urbanas del mismo grupo de

Si bien la sobrecarga de trabajo femenina no es tan acentuada entre el grupo de edad más joven, su mera existencia es preocupante ya que las inequidades que se viven desde la infancia y adolescencia, seguramente se replicarán en la vida adulta. Reconocemos, no obstante, que esta sobrecarga puede obedecer a los mismos motivos de las mujeres de 20 a 49 años, sólo que vividos de manera temprana. Nos referimos a las tareas que resultan de entrar en unión y de iniciar la vida fecunda.

edad. Ello sugiere que es más común entre la población masculina seguir estudiando después del bachillerato, lo que les permite obtener una mayor formación profesional o técnica que responda a las demandas crecientes respecto del nivel educativo dentro del mercado laboral.

En general, observamos una sobrecarga de trabajo entre todas las mujeres respecto de los hombres, aunque más acentuada en el ámbito rural.⁸ Esta sobrecarga se explica principalmente por el trabajo doméstico, el cual, por definición, varía de un hogar a otro, tanto cuantitativa como cualitativamente, debido al tamaño de la familia y la etapa del ciclo de vida de la misma, así como al contexto socioeconómico en el que se encuentra, dado que éste determina los patrones de consumo y la infraestructura de que dispone el hogar (Pedrero 2005).

Destaca la sobrecarga de las mujeres de 20 a 49 años, la cual, además de tener como primer componente el trabajo doméstico, contiene sobrerrepresentados los relativos a la ayuda a otras personas u hogares y al trabajo extradoméstico. Hay que recordar que esas edades entre las mujeres corresponden al tiempo de crianza de los hijos, así como a las mayores tasas de participación en la actividad económica (trabajo extradoméstico).

⁸ Consideramos que existe sobrecarga de trabajo femenino cuando las horas promedio de trabajo de las mujeres exceden las de los hombres.

Los datos presentados hasta ahora muestran una inequidad de género respecto de las cargas globales de trabajo para toda la población, incluida la pobre y no pobre. A continuación se incluirán datos sobre la carga global de trabajo de hombres y mujeres clasificados por quintil de ingreso, a fin de indagar si las sobrecargas de trabajo entre las mujeres están asociadas con el nivel de ingreso de los hogares en que viven. Este análisis será realizado considerando el ciclo de vida.

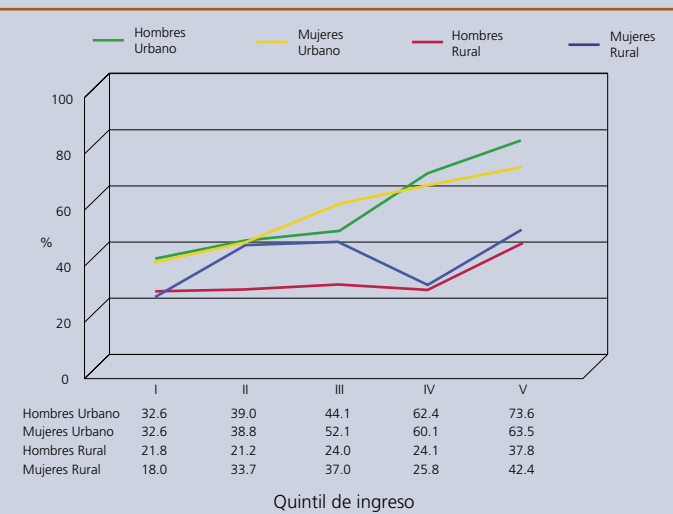
La carga de la pobreza entre población en edad escolar, según el uso de tiempo

Con el propósito de conocer qué impacto tiene el bajo nivel de ingresos entre la población en edad escolar, distinguiéndola por sexo, indagamos qué porcentaje de la población de 12 a 19 años asistía a la escuela, clasificada en dos grupos de edad. El primero, de 12 a 15 años, corresponde a población en edad de asistir a secundaria; y el grupo de 16 a 19, en edad de asistir al bachillerato.

En ambos tipos de localidad se observa que el porcentaje de asistencia exclusiva a la escuela es mayor entre más alto es el quintil de ingreso (véanse gráficas 3 y 4). En el medio urbano esta proporción es mayor, en todos los quintiles de ingreso, cuando se refiere a la población femenina de 12 a 15 años, mientras que entre la población de 16 a 19 años sólo se observa una mayor asistencia femenina en el tercer quintil. En general, a partir de los 16 años se observa un franco descenso de la asistencia escolar, sobre todo entre las mujeres.

En el medio rural, es interesante observar que en el primer quintil, para ambos grupos de edad, las mujeres muestran menor asistencia que los varones, mientras que

Gráfica 4. Porcentaje de jóvenes de 16 a 19 años que estudian exclusivamente, por quintil de ingreso, sexo y tipo de localidad

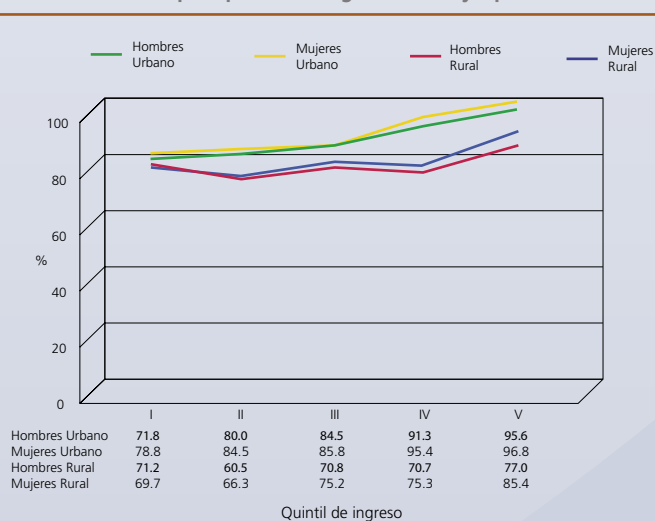


Fuente: INMUJERES con base en INEGI-INMUJERES. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 2002.

en los siguientes quintiles es menor la asistencia masculina, lo que da cuenta de cierta ventaja de las mujeres rurales de hogares con mayores ingresos.

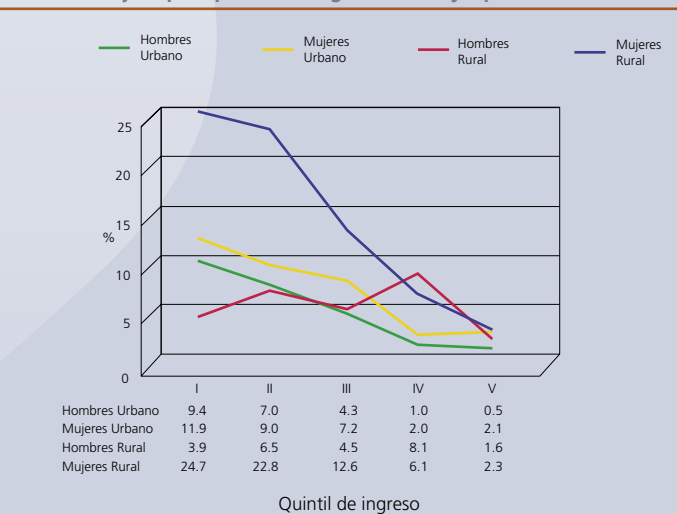
Un punto a destacar es el hecho de que una parte importante de la población joven no estudia ni trabaja dentro del mercado laboral (véanse gráficas 5 y 6). Esta situación es más común entre las mujeres y ello se asocia con la entrada en unión precoz, así como con el inicio de la vida fecunda. En consecuencia, esta población femenina estaría dedicada principalmente al trabajo doméstico y al cuidado y crianza de los hijos. Pero en el caso de los varones jóvenes, ¿a qué se dedicarían aquellos que declaran no estudiar y tampoco trabajar?

Gráfica 3. Porcentaje de jóvenes de 12 a 15 años que estudian exclusivamente, por quintil de ingreso, sexo y tipo de localidad



Fuente: INMUJERES con base en INEGI-INMUJERES. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 2002.

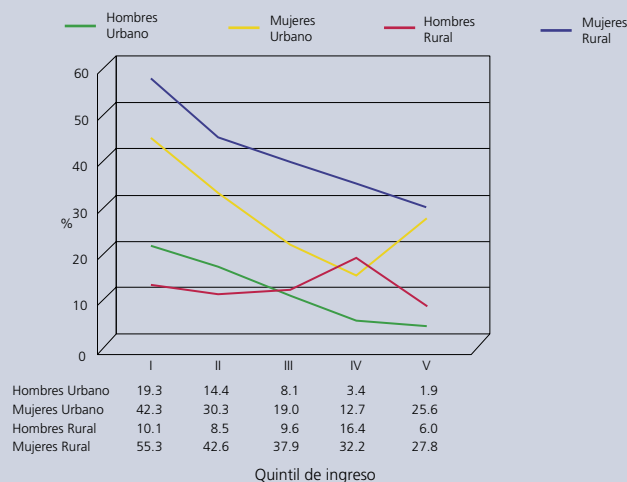
Gráfica 5. Porcentaje de jóvenes de 12 a 15 años que no estudian ni trabajan, por quintil de ingreso, sexo y tipo de localidad



Fuente: INMUJERES con base en INEGI-INMUJERES. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 2002.

No estudiar ni trabajar es una situación común entre la población masculina de 12 a 19 años, perteneciente a los quintiles más bajos de ingreso (I y II) en el medio urbano. En el medio rural, esta situación es más común de los 16 a los 19 años en casi todos los quintiles de ingreso.

Gráfica 6. Porcentaje de jóvenes de 16 a 19 años que no estudian ni trabajan, por quintil de ingreso, sexo y tipo de localidad



Fuente: INMUJERES con base en INEGI-INMUJERES. Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares, 2002.

Lo anterior nos revela una problemática urgente de atender. Se trata de jóvenes que al no estarse preparando en la escuela o adquiriendo experiencia en el trabajo, están dejando de formar capital humano y quizá, por el contrario, están insertos en dinámicas cuyo resultado puede ser nocivo no sólo para los individuos, sino para todo el entramado social. Éste podría ser el caso de la delincuencia o bien, las adicciones que terminan por repercutir no sólo en quien las consume, sino en todos los miembros de su familia.

Considerando solamente a la población que estudia exclusivamente, decidimos analizar si la carga de trabajo doméstico entre las mujeres podría estar impactando en el número de horas dedicadas al estudio. De ello dan cuenta los datos presentados en el cuadro 4. Las horas dedicadas tanto a la asistencia escolar como a estudiar son casi las mismas para mujeres y hombres. Las mujeres exceden a los hombres con casi una hora en el medio urbano y ello se explica, sobre todo, por las mujeres que pertenecen al quintil más alto de ingresos.

En el medio rural, por su parte, llama la atención que es dentro del cuarto

quintil donde las mujeres exceden con 6.5 horas promedio la asistencia semanal a la escuela de la observada entre los hombres, lo cual se refleja en el total de horas promedio dedicadas a las actividades escolares y el estudio. En términos de transporte a la escuela y horas dedicadas a estudiar, no se observan diferencias importantes entre mujeres y hombres en ningún tipo de localidad ni por quintil de ingreso.

La diferencia entre mujeres y hombres que se mantiene para todos los quintiles de ingreso respecto de la carga global de trabajo, tiene que ver con las inequidades propias de la distribución del trabajo. Además de dedicarse a estudiar, las adolescentes y jóvenes, al igual que el resto de las mujeres, dedican muchas más horas al trabajo doméstico en relación con los hombres. Ello sucede sobre todo en el medio rural, donde las horas dedicadas al trabajo doméstico por las mujeres prácticamente doblan al número de horas destinadas por los hombres a la misma actividad. Esta situación se acentúa en los primeros tres quintiles de ingreso.

El resultado de lo anterior puede estar comprometiendo el desarrollo escolar de las niñas que, como se vio en la gráfica 4, son las que menos asisten a la escuela después de los 15 años.

En los quintiles V del medio urbano y IV del medio rural, las sobrecargas de trabajo obedecen, en buena medida, a lo que podríamos llamar una ventaja femenina. Estas mujeres declararon destinar un mayor número de horas a la asistencia escolar y el resultado es que la sobrecarga de trabajo que ellas muestran no se explica exclusivamente, como en el resto de los casos, por las horas dedicadas al trabajo doméstico.

Cuadro 4						
Horas promedio semanales dedicadas por miembros del hogar de 12 a 19 años cuya actividad principal es exclusivamente estudiar, al trabajo doméstico y a las actividades relacionadas con la escuela, por tipo de localidad, sexo y quintil de ingreso, 2002						
Sexo y quintil de ingreso	URBANO			RURAL		
	Trabajo doméstico* (a)	Actividades escuela-estudio (b)	Carga total de trabajo (a+b)	Trabajo doméstico* (a)	Actividades escuela-estudio (b)	Carga total de trabajo (a+b)
Mujeres	11.9	41.6	55.8	16.6	40.0	60.1
I	11.8	41.0	55.2	20.2	36.4	60.8
II	13.4	40.9	56.9	16.6	40.7	60.9
III	12.1	43.5	59.3	15.0	42.7	61.9
IV	10.8	39.1	51.0	14.2	45.8	62.0
V	9.5	44.5	54.6	11.5	39.7	52.7
Hombres	6.1	40.6	49.1	7.7	38.8	48.6
I	6.3	42.2	49.9	8.9	38.3	49.1
II	7.5	42.0	51.1	8.2	37.0	47.8
III	5.4	42.8	55.0	5.4	42.7	49.5
IV	5.5	36.5	43.4	7.4	35.7	45.4
V	4.3	33.9	38.4	5.7	42.1	50.0

* Se incluye el tiempo dedicado a las actividades auxiliares del trabajo doméstico y la ayuda a otras personas.
Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI. Encuesta Nacional de Uso de Tiempo, 2002.

Impactos de la pobreza en la carga de trabajo de la población de 20 a 64 años

Hemos visto que las mujeres padecen una sobrecarga de trabajo debida a la parte doméstica, en todos los grupos de edad y todos los quintiles de ingreso. Sin embargo, no hemos distinguido esta sobrecarga entre mujeres que sólo se dedican al trabajo doméstico o a estudiar de aquellas que, además, están incorporadas en el mercado laboral. Nuestro interés ahora estriba en indagar la magnitud de esa sobrecarga de trabajo cuando se trata de mujeres que trabajan tanto en el ámbito doméstico como en el extradoméstico, según el quintil de ingreso de su hogar.

Si se compara la carga global de trabajo de las mujeres ocupadas en la actividad económica exclusivamente

(véase cuadro 5) con la observada para el total de mujeres de 12 años y más (véase cuadro 3), la primera es notablemente mayor que la segunda, tanto en el ámbito rural como en el urbano.

Al analizar la carga global de trabajo de las mujeres incorporadas a la actividad económica según sus componentes, es decir, el trabajo doméstico y el trabajo extradoméstico, se observan comportamientos distintos según el grupo de edad. En el medio urbano, para el total de mujeres del grupo de 20 a 34 años vemos que se destinan casi el mismo número de horas al trabajo doméstico y al trabajo extradoméstico. No obstante, en los quintiles II y IV el trabajo extradoméstico tiene un mayor peso.

Cuando se trata de las mujeres de 35 a 49 años, el trabajo doméstico ocupa más horas de las que se destinan al tra-

Cuadro 5
Carga global de trabajo de la población ocupada de 20 a 64 años, por sexo, grupo de edad, tamaño de localidad y quintil de ingreso, 2002 (en horas)

Sexo y quintil de ingreso	20-34 años			35-49 años			50 a 64 años		
	Trabajo doméstico	Trabajo extradoméstico	Carga global de trabajo	Trabajo doméstico	Trabajo extradoméstico	Carga global de trabajo	Trabajo doméstico	Trabajo extradoméstico	Carga global de trabajo
URBANO									
Mujeres	39.0	38.2	77.2	44.9	36.1	81.0	38.0	29.0	67.0
I	48.5	30.1	78.6	56.6	29.2	85.7	41.1	16.3	57.4
II	37.1	43.7	80.8	42.2	29.9	72.1	59.3	24.7	84.0
III	43.1	35.7	78.8	40.8	44.6	85.4	34.5	31.3	65.8
IV	39.0	41.4	80.5	45.2	43.5	88.6	36.2	28.9	65.0
V	28.1	38.5	66.7	42.5	34.7	77.2	29.4	37.1	66.6
Hombres	10.3	50.9	61.2	11.4	55.8	67.2	9.9	50.1	60.0
I	8.5	54.1	62.6	8.8	58.1	66.9	10.5	53.7	64.2
II	9.1	59.8	68.9	8.7	59.7	68.4	8.9	53.3	62.2
III	11.7	50.5	62.3	12.8	56.4	69.3	9.6	49.4	59.0
IV	11.1	46.0	57.1	13.7	50.4	64.1	9.8	47.7	57.5
V	11.1	44.9	55.9	15.6	51.9	67.6	10.2	48.4	58.7
RURAL									
Mujeres	53.4	26.4	79.7	59.4	23.6	83.0			
I	72.0	13.3	85.3	60.3	16.9	77.2			
II	64.9	14.3	79.2	69.6	22.5	92.1			
III	52.3	27.2	79.5	57.6	19.9	77.5			
IV	43.3	39.6	82.9	53.7	23.6	77.3			
V	33.4	37.1	70.5	50.4	34.5	84.9			
Hombres	13.9	50.1	64.0	14.4	53.4	67.8			
I	15.4	53.1	68.5	17.6	54.0	71.6			
II	14.1	51.6	65.7	12.5	51.8	64.4			
III	15.7	47.6	63.2	12.0	55.5	67.6			
IV	8.8	54.5	63.3	16.1	52.5	68.6			
V	14.4	39.3	53.7	11.7	53.3	65.0			

* Se considera sólo la PEA ocupada al momento de la encuesta.

Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI. Encuesta Nacional de Uso de Tiempo, 2002.

bajo extradoméstico. El resultado es que en este grupo de edad se observan las mayores cargas globales de trabajo ya que se concentran las más intensas tanto de trabajo doméstico como de trabajo extradoméstico (véase quintiles I, III y IV).

En el grupo de mujeres ocupadas en la actividad económica de 50 a 64 años, las cargas de trabajo doméstico son también mayores respecto a las del trabajo extradoméstico. Esto no sucede, sin embargo, en el último quintil, lo cual puede estar asociado a la posibilidad de contar con servicio doméstico en el hogar y al hecho de ya no ser responsable de la crianza de hijos menores y no tener necesidad de aportar ayuda para el cuidado de los nietos, por ejemplo, u otros miembros de la familia. Para este grupo de mujeres, este tipo de trabajo puede ser resuelto por terceros a cambio de un pago.

En este último grupo de edad, llama la atención que la carga global de trabajo entre las mujeres del primer quintil es notablemente menor que la observada entre el resto de las mujeres de 50 a 64 años ocupadas en la actividad económica. Ello se explica, sobre todo, por una menor carga de trabajo extradoméstico que puede estar obedeciendo, en cierta medida, a jornadas de este tipo de trabajo de pocas horas (trabajos a tiempo parcial) y a las limitaciones de obtener un empleo de más horas debido a la escasa preparación respecto de lo que demanda el mercado laboral.

En cuanto a la carga global de trabajo entre los hombres, ésta sigue siendo menor que la observada entre las mujeres, con excepción de la población urbana de 50 a 64 años del primer quintil. No obstante, llama la atención que las horas dedicadas al trabajo doméstico se incrementan con niveles de ingreso más altos, sobre todo entre los varones de 20 a 49 años del medio urbano.

Otro aspecto que llama la atención entre los varones es que aquellos que se encuentran en los quintiles de ingreso más altos son los que tienen cargas globales de trabajo menores. Parece entonces que, entre los hombres, un menor ingreso resulta en una mayor carga de trabajo, mientras que a mayor ingreso, menor carga de trabajo, lo cual no sucede entre las mujeres.

Las cargas de trabajo doméstico son mayores para las mujeres del medio rural y para aquéllas de los hogares más pobres, tanto en el ámbito rural como en el urbano (primeros quintiles). Entre las mujeres rurales ocupadas en la actividad económica, es claro que el componente de trabajo doméstico dentro de la carga global de trabajo es el de mayor peso. La única excepción se observa en el último quintil del grupo de 20 a 34 años, lo cual sugiere que estas mujeres pueden contar, por un lado, con el servicio de terceros para sustituir su trabajo en el ámbito doméstico, así como con mejores servicios e infraestructura. Por el otro lado, es posible que aún no estén unidas o bien, que tengan pocos hijos y, en consecuencia, hogares más pequeños.

Las enormes cargas de trabajo doméstico observadas entre las mujeres rurales posiblemente estén evitando que estas mujeres se incorporen de manera más intensa en el mercado laboral. O bien, es posible que la oferta de trabajo para mujeres en el ámbito rural sea reducida y, por tanto, no haya posibilidad de destinar más horas al trabajo extradoméstico.

En relación con la carga de trabajo de los hombres rurales económicamente activos, el componente de trabajo doméstico aporta una parte importante dentro de su carga global de trabajo. De hecho, participan con más horas que los hombres urbanos en el trabajo doméstico. Esto es más acentuado en el grupo de 35 a 49 años.

No obstante lo anterior, las inequidades en la división sexual del trabajo siguen siendo enormes tanto en el medio rural como en el urbano en prácticamente todos los quintiles. Algunas excepciones se encuentran en el grupo de 35 a 49 años, en los quintiles II y V en el medio urbano y en I, III y IV en el ámbito rural (véase cuadro 6).

En cuanto al grupo de 50 a 64 años, las diferencias son menores y ello se explica, para todos los quintiles, por una reducción de la jornada extradoméstica de los varones.

El trabajo extradoméstico femenino ¿la salida de la pobreza?

Se ha identificado como estrategia para hacer frente a la pobreza o situaciones de crisis la posibilidad de que

Sexo y quintil de ingreso	20-34 años	35-49 años	50 a 64 años
	Carga global de trabajo	Carga global de trabajo	Carga global de trabajo
Urbano	16.0	13.8	-7.0
I	16.0	18.9	6.8
II	11.8	3.7	21.8
III	16.5	16.2	6.8
IV	23.4	24.5	7.5
V	10.7	9.7	7.9
Rural	15.7	15.1	
I	16.9	5.6	
II	13.5	27.7	
III	16.3	9.9	
IV	19.6	8.7	
V	16.8	19.9	

Fuente: cuadro 5.

un mayor número de miembros del hogar se inserte en la actividad económica. Sin embargo, estar en condiciones de salir a buscar un empleo depende no sólo de contar con ciertas habilidades para el trabajo, sino también con las condiciones necesarias para que el trabajo doméstico y particularmente el cuidado de niños, adultos mayores y enfermos no sea desatendido ya que, como mencionamos con anterioridad, esas tareas son fundamentales para la reproducción social. En el cuadro 7 mostramos la carga global de trabajo de las mujeres que no están incorporadas al mercado de trabajo, con el propósito de analizar su intensidad y ver la posibilidad de que estas mujeres pudieran integrarse al trabajo extradoméstico.

Como puede observarse, la carga global de trabajo de estas mujeres es elevada, por lo que una jornada semanal adicional de trabajo sería un exceso o bien, implicaría descuidar las tareas del ámbito doméstico a falta de personas que las sustituyeran. En los quintiles de menor ingreso, es casi imposible porque no se cuenta con los servicios comunitarios necesarios para que se atienda, por ejemplo, a los menores o adultos mayores en ausencia de las mujeres en el hogar. Esto, entonces, imposibilita que el círculo de pobreza se rompa a través de una mayor incorporación al mercado laboral. Además, esa incorporación no es ninguna garantía porque la gente con menores recursos generalmente cuenta con escasa formación escolar y/o técnica y, por tanto, acaba por insertarse en trabajos mal remunerados y sin prestaciones sociales.

Las mujeres de los quintiles de ingreso más alto muestran menores cargas globales de trabajo, sin embargo, éstas siguen siendo sustanciales y de no poder ser sustituidas en las tareas domésticas, estas mujeres no podrían insertarse al mercado laboral sin pagar un alto costo personal (sobrecarga de trabajo) y familiar, (menor atención a los hijos, el cónyuge y los adultos mayores). De hecho, hemos visto en la sección anterior que las mujeres, sobre todo aquellas de 35 a 49 años, tienen la mayor carga global de trabajo, ya que tanto la doméstica como la extradoméstica son de gran intensidad. No en vano se ha denominado esta situación “la doble jornada laboral”.

El uso del tiempo destinado a actividades seleccionadas del trabajo doméstico

Entre las mujeres, las diferencias de la carga global de trabajo por quintiles de ingreso hasta este punto del análisis

Tipo de localidad, sexo y quintil de ingreso	URBANO			RURAL		
	20-34 años	35-49 años	50-64 años	20-34 años	35-49 años	50-64 años
Mujeres	60.1	64.9	55.3	63.5	71.5	56.9
I	60.8	65.8	60.7	64.4	72.9	53.9
II	64.8	72.0	53.0	68.1	67.2	61.0
III	57.8	64.3	57.7	62.3	75.0	55.3
IV	55.8	56.5	55.6	64.8	74.5	59.1
V	54.6	62.0	51.3	50.2	66.1	55.9

Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI. Encuesta Nacional de Uso de Tiempo, 2002.

son poco claras, dado que no muestran una tendencia creciente o decreciente según el nivel de ingresos. Creemos, sin embargo, que existen diferencias en el tiempo destinado a distintos tipos de actividades domésticas. Destacan, por un lado, aquellas que representan una inversión para el futuro, como el acompañamiento de las actividades escolares, lúdicas, comunitarias y de entretenimiento de los hijos y, por el otro, las actividades necesarias para la subsistencia que pueden simplificarse con una mejor infraestructura, bienes y servicios, o bien, delegándose a terceros. Por ello, y en el afán de indagar sobre los distintos impactos de la pobreza, particularmente en el trabajo doméstico entre mujeres según nivel de ingreso, se seleccionaron tres actividades. Dos de ellas están asociadas con infraestructura básica, disponibilidad de servicios y equipamiento en el hogar: el acarreo de agua y el lavado de ropa. Y la última actividad seleccionada se refiere a algo que consi-

Quintil de ingreso	Acarrear o guardar agua para uso del hogar	Lavar la ropa de los miembros del hogar	Atención a los niños
Urbano			
I	0.2	4.0	6.7
II	0.2	3.4	6.9
III	0.1	3.3	5.4
IV	0.0	2.8	4.9
V	0.1	2.0	5.4
Rural			
I	1.0	5.1	6.4
II	0.6	4.7	5.2
III	0.4	4.1	5.8
IV	0.4	4.1	3.8
V	0.3	3.2	3.0

* Se trata de actividades exclusivas y no simultáneas con otras actividades.

Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI. Encuesta Nacional de Uso de Tiempo, 2002.

deramos una inversión en capital humano: el cuidado y atención a niños. El análisis se realiza sólo para mujeres pues es claro que la carga doméstica prácticamente pesa sobre la población femenina.

Como puede observarse en el cuadro 8, tanto el acarreo de agua como el lavado de ropa ocupan más tiempo semanal promedio a las mujeres de los quintiles más bajos, y ello es así tanto para el medio urbano como para el rural, aunque más acentuado en este último.

Destinar más tiempo al lavado de ropa entre los quintiles más bajos tiene que ver con no contar con lavadora. Esto

Quintiles de ingreso	Urbano	Rural
I	48.8	7.6
II	66.4	20.4
III	74.2	33.6
IV	80.3	44.6
V	84.7	55.6

Fuente: INMUJERES con base en la ENIGH, 2002.

se muestra en el cuadro 9.

Por su parte, el acarreo de agua obedece al hecho de no contar con agua entubada dentro de la vivienda. Como se puede apreciar en el cuadro 10, apenas la mitad de los hogares urbanos del primer quintil dispone de agua entubada dentro de la vivienda. Esta proporción se incrementa a medida que aumenta el quintil de ingreso hasta alcanzar 97.1 por ciento en el de ingreso más alto. En el medio rural, el comportamiento es el mismo; no obstante, en el quintil V apenas se alcanza una proporción de 69.6 por ciento de los hogares. Esto sugiere que la mejora en el abastecimiento de agua podría reducir el tiempo que las mujeres dedican a recoger agua y el tiempo ahorrado podría aprovecharse, por ejemplo, para obtener ingresos adicionales y participar en asuntos de la comunidad.

En cuanto al cuidado de menores, tanto en el ámbito urbano como en el rural se dedican menos horas cuando se trata de los quintiles de mayor ingreso. Esto se explica, en buena medida, porque el promedio de niños menores de 12 años por hogar es mayor en los quintiles de menores ingresos: 1.7 y 2.0 en el quintil I, para los ámbitos urbano y rural, respectivamente, y 0.4 en el quintil V, tanto en el medio urbano como en el rural. Así, a pesar de que en los quintiles de ingreso más alto parece que se dedican pocas horas al cuidado de los niños, éstas pueden ser más intensas por cada niño implicado. Esta intensidad significa que los niños no sólo reciben atención a sus necesida-

des básicas, como comer, bañarse, tener ropa limpia, etc., sino también supervisión y atención en las cuestiones escolares, lúdicas y afectivas. Ello equivale a una inversión de capital humano ya que las personas que contaron con mayor atención en la infancia tienen más recursos para enfrentarse al mundo escolar, profesional y laboral. Por tanto, el mayor ingreso de los hogares tiene efectos positivos en los niños por el tiempo que les dedican las mujeres del hogar en que viven. Cuando estás no cuentan con las posibilidades para dedicar tiempo a la crianza de los niños, más allá de los cuidados básicos, se estaría entonces comprometiendo el futuro de los menores. Para poder mitigar lo anterior y dadas las diferencias entre las cargas globales de trabajo de mujeres y hombres,⁹ es necesario promover una mayor implicación de los varones en la crianza de los niños y el trabajo doméstico general, así como difundir el valor que representa para los niños el tiempo de calidad. El resultado no sólo sería una inversión mayor en capital humano, sino también un balance más equitativo entre las cargas globales de trabajo femenina y masculina. La instrumentación de medidas en ese sentido es más urgente de realizar entre los sectores más pobres

A continuación analizamos el número total de horas semanales que las mujeres de 12 años y más dedican a cada niño menor de 12 años residente en el hogar.¹⁰ En este ejercicio distinguimos las actividades domésticas básicas, como serían “bañar, arreglar o ayudar a comer”, de aquellas actividades de calidad de convivencia con los niños, como “jugar, platicar, hacer tareas, asistir a juntas escolares o aplicar terapias” (véase cuadro 11).

Quintil de ingreso	Disponibilidad de agua	Urbano	Rural
I	Entubada dentro de la vivienda	50.2	7.3
	Entubada fuera de la vivienda	39.7	50.0
	No tienen agua entubada	10.1	42.7
II	Entubada dentro de la vivienda	72.6	13.3
	Entubada fuera de la vivienda	24.2	57.4
	No tienen agua entubada	3.2	29.3
III	Entubada dentro de la vivienda	82.1	29.6
	Entubada fuera de la vivienda	15.9	46.8
	No tienen agua entubada	2.0	23.6
IV	Entubada dentro de la vivienda	90.6	43.8
	Entubada fuera de la vivienda	8.3	41.2
	No tienen agua entubada	1.1	15.0
V	Entubada dentro de la vivienda	97.1	69.6
	Entubada fuera de la vivienda	2.5	21.4
	No tienen agua entubada	0.3	9.1

Fuente: INMUJERES con base en la ENIGH, 2002.

⁹ Las mujeres de 20 a 49 años trabajan 15 horas semanales en promedio más que los hombres de la misma edad (véase cuadro 5).

¹⁰ Es importante considerar que en un hogar puede haber más de una mujer de 12 años y más y que la ENUT recoge la información para todas ellas.

Cuadro 11

Horas semanales promedio dedicadas por mujeres de 12 años y más por niño¹ en el mismo hogar según quintil de ingreso, 2002

Quintil de ingreso	URBANO			RURAL		
	Bañar, arreglar o ayudar a comer	Jugar, platicar, hacer tareas, juntas escolares o aplicar terapias	Total	Bañar, arreglar o ayudar a comer	Jugar, platicar, hacer tareas, juntas escolares o aplicar terapias	Total
I	3.5	4.5	8.0	3.8	3.2	7.0
II	4.8	7.5	12.3	2.6	4.2	6.8
III	3.6	6.3	10.0	4.3	4.3	8.5
IV	5.2	6.1	11.3	3.0	4.3	7.2
V	5.9	11.0	16.9	4.0	5.5	9.5

¹ Niños menores de 12 años.

Fuente: INMUJERES con base en INMUJERES-INEGI, Encuesta Nacional de Uso del Tiempo, 2002.

Respecto al tiempo dedicado a estas actividades, se observan notables diferencias entre los ámbitos rural y urbano. En este último, se dedica mayor número de horas por niño, tanto en las actividades básicas como en las de calidad, respecto del medio rural. En ambos ámbitos, sin embargo, se observa un aumento en el tiempo dedicado a las actividades de calidad a medida que aumenta el quintil de ingreso.

Los datos sugieren que en el medio urbano las actividades de calidad son más apreciadas ya que en los hogares urbanos las mujeres dedican más horas a estas actividades que en los hogares del medio rural. Es importante considerar que, en el medio urbano, 36.3 por ciento de la población menor de 12 años vive en hogares pertenecientes al primer quintil de ingresos, porcentaje que alcanza 60.5 cuando se incluyen los dos primeros quintiles; mientras que en el medio rural casi 80 por ciento de los niños de esas edades vive en hogares dentro de los tres primeros quintiles de ingreso. Por tanto, la poca dedicación de las mujeres rurales a la atención de los niños, respecto de la observada entre las mujeres urbanas, sugiere poca inversión en capital humano en el medio rural, la cual repercutirá en el futuro de los niños de hoy, tanto en lo profesional y laboral, como en lo familiar y comunitario.

Conclusiones

Las inequidades de género atraviesan toda la escala social. Hemos visto cómo la carga global de trabajo de las mujeres es siempre mayor que la observada entre los hombres. No importa el nivel del ingreso del hogar en que se viva, las mujeres siempre trabajan más horas que los hombres. Ello obedece, por un lado, al carácter del trabajo doméstico, tradicionalmente de dominio femenino. Este tipo de trabajo está vinculado estrechamente con la reproducción social, donde destaca el cuidado y crianza de los hijos, así como la atención a los

miembros que proveen el ingreso monetario al hogar. Las tareas asociadas a este trabajo generalmente no tienen horario y, por tanto, se trata de actividades que rebasan la jornada laboral de acuerdo con la Ley Federal del Trabajo. Por ello, no extraña el exceso de trabajo entre las mujeres respecto del observado entre los hombres. A ello se suma la doble jornada, esto es, cuando las mujeres trabajan en el ámbito extradoméstico. Esto último no representa, de ninguna manera, dejar de realizar trabajo doméstico.

Desde la edad de formación, es decir, de los 12 a los 19 años, pudimos observar mayores cargas globales de trabajo entre las mujeres debido al trabajo doméstico. Esta situación nos evidencia la desigualdad de género respecto del trabajo doméstico y nos sugiere que si en esa etapa de formación se sigue imputando la carga de ese tipo de trabajo a las mujeres, será difícil que más tarde las mujeres no la asuman como propia.

Observamos una sobrecarga doméstica entre las mujeres jóvenes respecto de los varones, más acentuada en el ámbito rural y en los quintiles de menor ingreso y, además, menos asistencia escolar, lo cual creemos compromete el futuro de esas mujeres ya que contarán con menos recursos no sólo para insertarse en el mercado laboral, sino para hacer frente a las tareas que implica la formación de una familia y la crianza de los hijos.

En la etapa de mayor participación económica, las mujeres de los quintiles de ingreso más alto muestran menores cargas globales de trabajo, sin embargo, éstas siguen siendo sustanciales. Entre las mujeres más pobres se observó una carga exclusiva de trabajo doméstico intensa, la cual seguramente les está impidiendo insertarse en el mercado laboral remunerado.

Si bien la carga global de trabajo entre las mujeres de distintos quintiles de ingreso no muestra señales contundentes de reducirse a medida que se aumenta el nivel de ingreso, el tipo de trabajo realizado por mujeres de los quintiles de ingreso superiores e inferiores es distinto, lo cual obedece a la mayor disponibilidad de servicios y equipamiento, así como a la posibilidad de contar con servicios de terceros a cambio de un pago, para que resuelvan otras actividades propias del trabajo doméstico. Así, aun cuando las mujeres del quintil de ingreso más alto muestran cargas globales de trabajo similares a las mujeres de hogares con menores ingresos, ellas dedican más tiempo a actividades que pueden considerarse como de inversión en capital humano.

De acuerdo con lo encontrado en este trabajo, podríamos sugerir que el tiempo dedicado a las actividades domésticas por las mujeres de los quintiles de ingreso más bajo difiere del de las de las mujeres del quintil de ingreso más alto en lo que se refiere al tipo de actividad doméstica. Para estas últimas, ello se traduce en la posibilidad de dedicar más tiempo a lo que hemos llamado inversión en capital humano, es decir, en la formación de los niños y adolescentes, lo cual, al final del día, repercutirá en mayores recursos para no caer en una situación de pobreza. Además, también es posible que quienes tienen la oportunidad de dedicarse en mayor medida a actividades de calidad para los hijos o niños en el hogar, también la tengan para seguir estudiando y formándose profesional y culturalmente, contar con un trabajo remunerado y, en consecuencia, disponer de mejores condiciones de infraestructura, equipamiento y servicios.

Lo que sí quedó evidenciado en este trabajo fue que entre los varones que se encuentran en los quintiles de

ingreso más altos, las cargas globales de trabajo son menores respecto de las observadas entre aquellos de los quintiles de ingreso más bajo. Es decir, entre los hombres, la pobreza representa una desventaja importante en términos de tiempo de trabajo ya que un menor ingreso resulta en una mayor carga de trabajo, mientras que a mayor ingreso, menor es la carga de trabajo. Esta situación no se observa entre las mujeres.

Al tratar de integrar el tema de género dentro del estudio de la pobreza, de acuerdo con la revisión bibliográfica, vimos que insistir en encontrar más mujeres pobres que hombres pobres es una tarea un tanto inútil. La pobreza es un mal que debe combatirse sin distinguir el sexo de quien la padece. Y ello obedece a que aun con las inequidades de género que atraviesan toda la escala social, son invaluable las ventajas que provee pertenecer a los quintiles de mayores ingresos en términos de inversión en capital humano de la población en edad de crianza.

Bibliografía

- ARRIAGADA, Irma (2001). *Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*. Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL): División de Desarrollo Social, Serie Políticas Sociales, núm. 57.
- BUVINIC, Mayra y Gita Rao Gupta (1997). "Female-Headed Households and Female-Maintained Families: Are They Worth Targeting to Reduce Poverty in Developing Countries?", en *Economic Development and Cultural Change* 45(2), pp. 259-280.
- (1994) "Targeting Poor Woman-Headed Households and Woman-Maintained Families in Developing Countries: Views on a Policy dilemma". *The Population Council/International Centro for Research on Women Working Paper*, New York, The Population Council.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1994) *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile, Libros de la CEPAL, núm. 37, octubre, 137 pp.
- CORTÉS, Fernando y Rosa María Rubalcava (1994). *El ingreso de los bogares*. México, INEGI-El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Monografías censales de México.
- DAMIÁN, Araceli (2003). "Tendencias recientes de la pobreza con enfoque de género en América Latina", en *Papeles de Población* núm. 38, octubre/diciembre 2003.
- DAMIÁN, Araceli & Boltivnik, Julio (2003). "Evolución y características de la pobreza en México", en *Comercio Exterior*, vol. 53, núm. 6, junio de 2003.
- FERES, Juan Carlos & Mancero, Xavier (2001). *El método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) y sus aplicaciones en América Latina*. Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos núm. 7, División de Estadística y Proyecciones Económicas, Santiago de Chile, CEPAL.
- Gabinete de Desarrollo Humano y Social (2005). *Los Objetivos de Desarrollo del Milenio en México: Informe de Avance 2005*. Naciones Unidas-México, Gobierno de la República.
- GÓMEZ DE LEÓN, José y Susan Parker (2000). "Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos", en Ma. de la Paz López y Vania Salles (eds.), *Familia, género y pobreza*, M.A. Porrúa, México, pp. 11-45.
- LLOYD, Cynthia B. (1998). "Household Structure and Poverty: What are the Connections?", in M. Livi-Bacci and G. De Santis (editors), *Population and Poverty in the Developing World*, Oxford, Clarendon Press, pp. 84-102.
- MILOSAVIJEVIC, Vivian (s/f). *Análisis de la medición de la pobreza desde la perspectiva de género*, CEPAL (mimeo).
- PEDERERO, Mercedes (2005). *Trabajo doméstico no remunerado en México: una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo 2002*, INMUJERES, México.
- UNFPA (Fondo de Población de las Naciones Unidas) (2002). *Estado de la Población Mundial, 2002*. UNFPA, New York.